



La punta y el iceberg.

Se vale opinar.
Martha Galindo.

Septiembre 12, 2022.

ENTRE LOCURA Y ENCANTO.

“De ninguna manera volveré a México. No soporto estar en un país más surrealista que mis pinturas” S. Dalí. ¿Exageración, soberbia? Es posible que haya algo, pero no hay duda de que somos peculiares en muchas creencias y conductas. “El País donde tenemos un comportamiento errático y contradictorio y muchas máscaras para ocultarnos. Donde nuestro lenguaje mezcla símbolos, modismos y acomodamos nuestra historia al capricho de las conveniencias”. (Adaptado de El Financiero). Los mexicanos abusamos de lo emocional, lo inverosímil y en ocasiones de lo irracional para explicarnos a nosotros mismos y a los nuestros, situaciones absurdas que terminamos por creérnoslas. Presenciar festividades del Día de Muertos, donde conviven costumbres ancestrales con ritos religiosos, colorido, misticismo, magia y asombro. Peregrinaciones enormes llevando a bebés, enfermos, abuelitas o grandes imágenes de santos, para arribar a los santuarios elegidos. Asistir a la lucha libre, gritar, reír, enojarse, animar al favorito, insultar al contrincante. Arriesgar la vida en cada subida al Metro, dejarse remolcar por la marea humana en las escaleras, apiñarse con vagoneros que ofrecen cuánto artículo pirata hay en el mercado, o pasar por pasillos de algunas estaciones entre puestos informales o vendedores que en el suelo presentan sus mercancías y tratar de no pisarlos. Asistir a mercados o tianguis y regatear con los marchantes precios y condiciones, mientras escuchamos a todo volumen la cumbia del momento, las canciones de Chente o de los Tigres del Norte. Cualquier calle, estado o pueblo nos puede presentar escenas ilógicas, inesperadas y también deprimentes, conmovedoras o tiernas. Y junto a éstas y más locuras de México, donde el sincretismo es parte de nuestra esencia, donde decir ‘ahorita’ es un híbrido como somos los mexicanos muchas veces. Donde el ‘síndrome del Jamaicón’ nos asalta por la nostalgia del pozole que hacía nuestra abuela, los sopes de nuestra mamá, el chiflido del carro de camotes, los ‘ricos tamales oaxaqueños’, el grito del señor del gas y tantos olores, sabores y colores que extrañamos intensamente cuando pasamos tiempo fuera de aquí y queremos canjear nuestro derecho de primogenitura -o el que nos corresponda- por obtener un taco de aguacate, unos frijoles refritos, un agua de horchata. Aunque a veces a regañadientes, nos encanta México, como también a muchos extranjeros que aquí sientan raíces. Nuestros paisajes majestuosos, variada gastronomía, historia, tradiciones, refranes, climas, música, alegría mezclada de infortunio y melancolía. Nuestra resiliencia, amor a la familia, la solidaridad cuando ésta se requiere. Héroes y personajes entre adorados y odiados: un Pancho Villa que tenía ‘lo mero principal y era la bondad empapada de sangre.’ (Refrán) Unos niños héroes que, según algunos, ni tan niños ni tan héroes. Un Padre de la Patria que después de iniciada la revuelta se percató (¿o no?) que no tenía estrategia de combate. Si somos como somos, si estamos como estamos no es sólo por casualidad, es por el (des)balance entre nuestro encanto y nuestra locura. Pero lo que no nos conviene es desunirnos, confrontarnos tanto. Qué tal si imaginamos que hay doce septiembre en un año y además de gritar fuerte ¡VIVA MEXICO!, lo hacemos desde las entrañas y trabajamos para lograrlo. “¡México lindo y querido si muero lejos de ti, que me preparen 10 tacos, y que los traigan aquí!”. (Revista Chilango).